

Editorial

UNA CIENCIA PERPLEJA

MOISÉS MAIMÓNIDES consideraba que la ciencia de la política tenía tres ámbitos de sabiduría: el gobierno del propio individuo, el de la casa propia y el del reino. Llegada la tormenta moderna y en medio quizá de su aceleración descontrolada, nos encontramos con una ciencia política que da la sensación de arrastrar los pasos.

Hasta hace poco muchos expertos se quejaban con razón del escaso interés que se prestaba a la investigación empírica. Hoy esta investigación es cultivada en las universidades, pero más bien por el agotamiento de otros experimentos de acción directa sobre lo público que por sus propios éxitos. Los grandes proyectos del siglo pasado, como los financiados por la academia norteamericana, ya no se dan. Sin duda la investigación sigue siendo de gran volumen, pero los resultados inspiran ahora más dudas sobre su utilidad.

En el caso del sur de Europa y de Latinoamérica, la situación es peor. El acomodo de los científicos tocados antes de ideología o de fanatismo religioso —atención al caso de España, buen ejemplo de este síndrome— no ha aportado mucho a la investigación empírica ni a la teoría positiva que se precisa para ello. ¿Qué pueden recrear maestros que se han limitado a adaptarse superficialmente y que conservan su formación anterior?

Un problema adicional es que algunos de estos profesores inculcan a sus estudiantes una especie de ansiedad empírica que procede de su propia frustración. En España el hecho empieza a ser masivo, como suelen ser los fenómenos espirituales en nuestro país, y muy parecido a la moda de los colegios de habla inglesa a los que se envía a los niños buscando que no tengan los sufrimientos que tuvieron sus padres por no haberlo aprendido a tiempo. Las inten-

ciones no son malas, pero en muchos casos vienen tanto o más de los complejos de los mayores como del deseo de apoyo a la nueva generación.

El resultado más notable de todo esto está siendo una fobia particular de muchos estudiosos hacia todo aquello que les suena a filosofía o a trascendencia religiosa. Es fácil deducir que su posición es débil en este campo en el que nunca se formaron demasiado bien, y eso les induce a mantener el tipo a base de rechazos o negaciones. Los alumnos son los que sufren las peores consecuencias, ya que adquieren una preparación banal y ostentan una militancia antiteórica fuera de lugar que viene a ser el reverso del medallón de la vida de sus mentores.

Agrava la situación el hecho de que la nueva generación de investigadores ya no sólo carece de una tradición intelectual propia, sino que tampoco muestra una debida preparación en teoría empírica. Los doctorandos se mueven con más medios que antes, pero poca orientación teórica. Las metodologías arrasan hoy en los programas formativos y encarrilan a los neófitos bastante acriticamente. Un mal síntoma, aunque expresivo de lo que pasa, es el dogmatismo de alguno de estos jóvenes al reafirmar un empirismo de importación que conocen en muchos casos sólo a medias.

Otra grave consecuencia de todo ese neoempirismo en países en donde el empirismo nunca existió o fue siempre sospechoso, de esa ciencia empírica a la moda que muchas jóvenes promesas llevan adelante como los portadores de los estandartes, es que puede llevar a algunos a la perplejidad o a la desilusión.

El no tener una formación honda y producto del conocimiento generoso de los maestros del saber, clásicos y contemporáneos, hace a los investigadores en formación muy vulnerables. La escasez de puestos profesionales y la renuncia a la excelencia que hoy se percibe en la profesión, les arrastra a convertirse en pequeños muñecos que están abocados a repetir las conductas de, por usar su jerga, sus *jefes*. Porque en el fondo de su inteligencia ellos captan las carencias de sus profesores y, como el niño que se va los veranos a Oxford a divertirse y perderse con otros niños hispanos y no a hablar inglés, presienten que ellos han sido encargados de la *tarea* de resolver los acomplexamientos de otros.

El asunto resalta al observar cómo hasta algunos becarios repiten con sus estrategias académicas los dos peores hábitos de la generación anterior: renunciar a la excelencia y mantener el principio de jefatura.

Hoy estamos en un ambiente científico que por un lado produce muchas banalidades pomposas y por otro ha ido adelgazando la formación de los jóvenes profesores en el diálogo con los grandes maestros de la teoría política, entre ellos con los que trabajaron la teoría empírica. La mezcla indebida de ciencia política y sociología ha traído el efecto de juntar una ciencia que no se remonta más allá del siglo dieciocho con otra de un pasado mucho más amplio.

Es ya evidente que los estudiosos de la política del sur no han logrado encontrar su propia tradición de discurso que diría SHELDON S. WOLIN. Los grandes titanes de la teoría política del siglo pasado, LEO STRAUSS, ERIC VOEGELIN, HANNAH ARENDT y el propio WOLIN, vieron necesario tener aclarado cuál era su propio pasado intelectual. Buscaron estudiar con calma y por sí mismos a los grandes maestros de nuestro saber. Nuestros estudiantes están muy lejos de hacer algo parecido. Cada vez frecuentan menos a los grandes sabios, a los clásicos, a los modernos o a los heterodoxos. Esto no lo tienen. Sus conocimientos de los maestros son prácticamente clichés inadecuados. Se considera más importante poder hablar *como si se les hubiera leído*, que el haberlos estudiado con calma y lentitud.

La razón que se aduce es que hoy todo va más deprisa porque hay motores que nos llevan en volandas por las autopistas y los cielos. Pero lo cierto es que abunda el *jiji-jajá* de la superficialidad. Constantemente se perciben actitudes pretenciosas, a veces rayando en el orgullo, de estudiantes que no han meditado nada sobre los saberes de la profesión y que no tienen problema en corregir en público a otros más tímidos. Lo hacen *con descaro*, actitud que se suele ya considerar directamente como una virtud, tanto si se aprecia en deportistas como en empresarios o periodistas. A los más prudentes les toca callar. Son muchas las personas que confunden hoy el hablar de las cosas con el *decir*. Y muchos también los estudiantes de ciencia política que ignoran por completo la retórica democrática, que no saben quien fue QUINTILIANO, que asocian a MACHIAVELLI irremediabilmente con *el fin justifica los medios* y a HOBBS con *el absolutismo*. Tampoco faltan los instructores que despachan a grandes eminencias del pensamiento con *loci comuni* y alegaciones de escaso valor. El fenómeno no es nuevo pero, con los medios y las libertades que hoy tenemos en España, se hace menos aceptable.

Es posible que muchos de estos errores se hayan cometido de buena fe. En ocasiones parece que se ha querido superar el historicismo, el estudio del pasado como algo inamovible y que se extiende en siglos como una alfombra roja desenrollada a la puerta de un hotel. Con razón se veía en esta práctica un corsé dogmático y manipulador de la formación de los estudiantes. Pero se ha confundido el asunto con lo que no podemos olvidar: el cultivo sosegado y libre del diálogo con los grandes maestros del pasado, muchos de ellos tan actuales o más que nosotros. Cada vez se echa más en falta en Madrid la importancia de la historia de las ideas que cultivaba el profesor DIEZ DEL CORRAL en los orígenes de la ciencia política en España.

Creo que se hace urgente recuperar una lectura de los grandes libros como si fueran partituras musicales. Únicamente si aprendemos a cuidar en silencio el

saber de ayer y de hoy, podremos aportar a nuestra época algo nuevo. La locuacidad debe dejar algo de sitio al decir bien meditado. Por el momento, sólo hay que mirar a las revistas profesionales y a la política universitaria para ver que el medio en que nos envolvemos padece de falta de pulso, de desánimo. En este mundo profesional se dan constantemente sucedáneos. Son ambientes que invitan a la desertión y en los que se ha abandonado en muchos casos el criterio de excelencia sustituyéndolo por prácticas negativas en cuyo trasfondo vuelve a percibirse la silueta del principio de jefatura. Crece la sospecha de que no importa tanto decir como *hablar*. Y desde luego hablar sólo lo hace el que está en la sintonía del poderoso. Creo que esta aprensión es exagerada y que deberíamos entre todos cerrarle el paso cuanto antes, lo que equivale a demostrar que se pueden hacer las cosas de manera más justa.

Los estudiantes de nuestro tiempo se merecen una ciencia política que se remueva sobre sí. Creo que hay que hacer un esfuerzo para que el lenguaje profesional vuelva a conectar con la plaza, el mercado o la autopista. Los grandes problemas actuales y los miedos de nuestra época deben ser objeto de estudio. MAIMÓNIDES comentaba que el gran asunto de la política era dilucidar *quién manda y quién obedece*. Ahora se utiliza una jerga que parece querer evitar enfrentarse con este problema. El mismo gran pensador insistía sobre lo esencial que era organizar un sistema político que quebrantase la corrupción.

Hoy vivimos *cum diurno et nocturno metu*¹ y lo hacemos entre miedos específicos de nuestro tiempo: la amenaza nuclear, los desequilibrios del planeta, la percepción de la vida como un corral ahogado de inmanencia y la convicción dogmática de la corrupción del ser humano. En medio de esta anemia cívica, las pocas voces que intentan reconstruir la república son todas sospechosas. Prácticamente hoy el mundo democrático ha aceptado vivir con el sistema de la doble verdad, lo que significa que se dice una cosa y se hace otra. Incluso los profesores suelen explicar cosas en las que ellos no creen. Esto ha pasado ya anteriormente, pero ahora es distinto. Ahora se explican las cosas como se monta un escaparate o un plantel de propuestas. Se diseñan modelos y se dan explicaciones a la espera de que la conducta de los individuos, con su originalidad viciosa, las deforme y nos la devuelvan como lo que va a ser en resumen la verdadera vida.

¹ CICERO: "Con miedo tanto diurno como nocturno", MARCO TULIO CICERÓN, *Disputas Tusculanas* (Tusculanarvm Disputacionvm), introducción, versión y notas de JULIO PIMENTEL ÁLVAREZ, Universidad Autónoma de México, México D. F., 1979, V, XXIII, 66; tomo II, p. 108.

La cuestión es que, para los estudiosos, la vida viene a ser tan difícil como para los demás mortales. A la hora de actuar en sus profesiones, se adentran con todas las tretas y maquinaciones que han aprendido en su biografía, y las usarán para vivir tanto en la calle como en los despachos. Mantienen unas relaciones con lo público que definen su vida real y que en el caso de los profesores debería coincidir con lo que él o ella diseña en su *statecraft* del aula.

Pocos intereses hay mayores que el gobierno de nuestras propias vidas. A los estudiantes y los investigadores de hoy les cuesta reconocer esto, algo que no le ocurría al sabio medieval citado y, por supuesto, tampoco a muchos otros pensadores. Los temas del gobierno personal, lo que es el *selfcraft*, hoy se desplazan sin ningún problema a la psicología, la pedagogía, al ámbito privado o simplemente quedan desnaturalizados. Cualquier cosa antes que afrontarlos con su ciencia adecuada. No se hace sólo porque eso asuste hasta la parálisis. Siempre me ha sorprendido que profesionales tan celosos de sus denominaciones de origen o de sus prerrogativas hayan permitido la invasión y ocupación de este campo de estudio, ¡tan genuino de la teoría política!, por eclesiásticos, pedagogos, psicólogos y formadores de todo tipo. Nadie se sorprende de que estos *parvenus* utilicen términos genuinamente políticos como culpabilidad, mecanismo de defensa, autoridad, confesión, ataque, impotencia, omnipotencia, censura, absolucón, castigo, libertad, condena, guerra interna, frontera, independencia y dependencias, sin el más mínimo decoro o consciencia de reconocer su origen.

Entramos en un momento delicado para la ciencia política. Los estudiantes van a tener que confrontar todos estos problemas. Está claro que siempre será necesaria una ingeniería política (*statecraft*). Y seguiremos contando con vocacionales de lo público que se acercarán a las aulas en busca de conocimientos sobre cómo organizar, diseñar y mantener en óptimo estado el mundo de la política. Pueden hacerlo pragmáticamente, no haciéndose demasiadas preguntas y tapándose la nariz para no percibir lo que se esconde detrás de lo que se les enseña. Desde luego que pueden intentar aprender los saberes concretos que necesitan para su trabajo como funcionarios o expertos en lo público. Pero es fácil *adivinar* que no van a poder seguir las cosas así por mucho tiempo. Con esta inestabilidad del decir las cosas “como si” que tanto le preocupó a SIGMUND FREUD a comienzos del siglo XX, con esta manera de explicar y vivir cotidianamente usando una doble verdad, es previsible que el habitante de nuestro mundo profesional se tope en cualquier momento, a los treinta, a los cuarenta o a los cincuenta años, con contradicciones inescapables.

Los síntomas ya han aparecido: el desánimo con la democracia, la falta de preguntas trascendentales, la tribalización de la vida política —“todos los pue-

blos se creen *vagina gentium*” que diría GIAMBATTISTA VICO²— y el más preocupante de todos, la militarización de la vida. Nos estamos deslizando por una época de una ciencia esquilada teóricamente y de predominio de lo ejecutivo. Una pérdida de rumbo que es dudoso que pueda corregir esa falsa escolástica de lo empírico que hoy predomina. La ubicuidad de la ansiedad y la sordidez hacen patente que vivimos en un mundo que podríamos llamar *insomnia*, sociedades que viven inmersas, como asienta CLIFFORD GEERTZ para el siglo veintiuno, en “la vigilancia eterna que es el precio de la libertad”³. La vida de una sociedad vigilante.

Cualquier estudiante avisado es consciente de que el trasfondo del gobierno del individuo y de la ingeniería política no está muy claro. Ni tampoco la ciencia que se encarga de ellos parece muy avanzada, a la vista sobre todo de lo que presencia en la vida de la calle y del mundo. La experiencia diaria suele estar más cerca de las realidades monstruosas de VICO que de los esquemas y descripciones aprendidos en las aulas. Los modelos de conducta, los prolijos análisis de lo que hoy se llama el discurso y los análisis con multivariantes no le dan por el momento apenas las soluciones sobre el verdadero gobierno que a él o a ella le interesa.

JAVIER ROIZ,
Noviembre 2004

² GIAMBATTISTA VICO, *Ciencia Nueva*, (1744), traducción y notas de ROCÍO DE LA VILLA, Madrid, Tecnos, 1995, p. 210.

³ “*The eternal vigilance that is the price of liberty*”, CLIFFORD GEERTZ, “School Building. A Retrospective Preface”, en J. W. SCOTT y D. KEATES, (eds.), *Schools of Thought. Twenty-Five Years of Interpretive Social Science*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 2001, p. 2.